

los objetos del ejercicio, convertidos en pretextos y caricaturas al servicio de la difusión de las nuevas teorías y políticas culturales. Probablemente tan sólo quiera reivindicar un anacronismo: un acercamiento crítico y actualizado pero menos arrogante al archivo y su lectura.

Bibliografía

- Achugar, Hugo (1998). "Leones, cazadores e historiadores. A propósito de las políticas de la memoria y del conocimiento". En: Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta (coords.), *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México, Miguel Ángel Porrúa/ University of San Francisco : 271-85.
- Castro-Gómez, Santiago (1996) *Crítica de la razón latinoamericana*. Barcelona, Puvill Libros.
- ___ (1998) "Latinoamericanismo, modernidad, globalización. Prolegómenos a una crítica poscolonial de la razón". En: Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta (coords.), *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México, Miguel Ángel Porrúa/ University of San Francisco: 169-205.
- Cornejo Polar, Antonio (1993). "Ensayo sobre el sujeto y la representación en la literatura latinoamericana: algunas hipótesis", en *Hispanérica*, 66: 3-15.
- ___ (1994). *Escribir en el aire: ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima, Horizonte.
- Del Sarto, Ana (2003-4). "Reflexiones sobre el latinoamericanismo. Una crítica al pensamiento de Alberto Moreiras". En: *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, 22-23: 331-342.
- Fernández Retamar, Roberto (1984) [1971]. *Calibán*, Buenos Aires, La Pleyade.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. (2001) [1990]. "La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX", en *El intelectual y la historia*. Caracas, La Nave Va: 57-106.
- Henríquez Ureña, Pedro (1978) [1925]. "Camino de nuestra historia literaria", en *La utopía de América*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, No. 37: 45-56.
- Jameson, Frederic (1992). "De la sustitución de importaciones literarias y culturales en el Tercer Mundo". En: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, xviii, 36, Lima, 2do. semestre.
- Moreiras, Alberto (1998) "Fragmentos globales: latinoamericanismo de segundo orden". En: Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta (coords.), *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México, Miguel Ángel Porrúa/University of San Francisco: 59-83.
- ___ (1999) *Tercer espacio: literatura y duelo en América Latina*. Santiago (Chile), Lom-Universidad Arcis.
- Rama, Ángel (1998) [1984]. *La ciudad letrada*. Montevideo, Arca.
- ___ (1989) [1982]. *Transculturación narrativa en América Latina*. Montevideo, Fundación Ángel Rama.
- Sommer, Doris (1991). *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley-Los Angeles-London: University of California Press.

CALIBÁN EN LA TRAMA DE LA POSDICTADURA DEL CONO SUR A PROPÓSITO DEL ENSAYO DE HUGO ACHUGAR Teresa Basile*

Un poeta, ensayista y narrador cubano, Antonio José Ponte, deambula por las ruinas de La Habana post-soviética de los noventa, buscando un «asiento» (*Asiento en las ruinas*) desde el cual interrogar sus sentidos: "En alguna ocasión debo haber considerado como oportunidad el derrumbe que abre al ojo nueva perspectiva". Sus textos recorren el vaciamiento de ese lugar utópico adjudicado a la Cuba revolucionaria. En otra latitud latinoamericana, en Uruguay, también otro poeta, ensayista y narrador, Hugo Achugar, en la post-dictadura inquiriere por la pérdida ahora de «La Atenas del Plata» hurgando entre los residuos que arrastran las olas de las últimas dictaduras del Cono Sur: "(T)odavía vivimos conmocionados por el terremoto que fue esa dictadura. Y los temblores y destrozos siguen entre nosotros» (*BM*: 66). Un oscurecimiento, un apagón aparece como signo del presente —la década de los noventa— que rotura el fracaso de los años sesenta en puntos importantes del mapa latino-

*Doctora en Literatura Latinoamericana con la tesis sobre *La novela histórica de la posdictadura en Uruguay*. Profesora de Literatura Latinoamericana en la Universidad Nacional de La Plata (Argentina), investigadora del Centro de Teoría y Crítica Literaria y miembro asesor de la Maestría en Historia y Memoria de dicha universidad. Sus investigaciones se centran en ciertos cambios acaecidos en la literatura latinoamericana desde la década de los ochenta, en especial en el Cono Sur y en Cuba.

americano. La obra de Hugo Achugar nos convoca a explorar la empresa de un intelectual latinoamericano que extrae de las herencias del autoritarismo dictatorial una *paideia* para los nuevos tiempos.

En sus ensayos¹ se descubre a cada paso la profunda dislocación que la dictadura uruguaya (1973-1985) supo ejercer y sus textos se ordenan desde una doble fisura, aquella que atañe al eclipse de los imaginarios complacientes con los que la sociedad uruguaya se reconfortaba; pero también una fractura en los marcos interpretativos y el imperativo de un cambio en la caja de herramientas teórica. La herencia de la dictadura fue filosa, supuso un tajo que dividió entre un antes y un después, explícito en el lema del “nunca más”, índice de una voluntad por cortar drásticamente con el pasado e inaugurar una nueva época, con otras narrativas pero también desde otras perspectivas, porque lo que se vino abajo concierne tanto a la factura de la Nación como al instrumental con que se la diseñó. Las metáforas legibles en los títulos de dos de sus más importantes colecciones de ensayos, ilustran esta “doble fisura” que ya señalamos: *La balsa de la Medusa* (1992) trama los *topoi* del “naufragio” del pasado, lo “que se ha ido a pique” y la “deriva” del presente, el “caos” en que cohabita lo que aún no cobró forma porque todavía no se arribó al puerto. *La biblioteca en ruinas* (1994) da con otra de las claves de ese fin de siglo que cifra el estallido de los saberes, teorías, marcos interpretativos, sujetos, territorios que desde diversos enclaves viene a corroer el orden válido hasta entonces, inaugurando —en términos de Achugar— un espacio a la “intemperie”, “efímero”, “contaminado”, “parcial”, “ruinoso”. Dice su autor: “Estoy en una biblioteca en ruinas y también entre las polvorientas ruinas de conceptos y nociones” (BR: 16).

Entonces, el fin de siglo en Achugar se cruza con la posdictadura, doble caída, a nivel global y local. ¿Cómo refundar desde esta tierra yerma? podría ser la o una de las preguntas claves que atraviesan su obra. ¿Cómo refundar el imaginario uruguayo, luego de la experiencia demoledora de la dictadura, cuando además ha colapsado la biblioteca? Si hay una apuesta al significado, si hay una apuesta a refundar la nación uruguaya, Achugar sólo la concibe consignando estas rupturas, estos debilitamientos, colocándolos en la base, en las fundaciones de un nuevo proyecto cuya inestabilidad, cuya transformación, cuya precariedad serán la viga maestra.

La posdictadura se ofrece como un espacio de enunciación que organiza las prácticas culturales de Achugar, su agenda de temas e intereses, y el bastidor de su ensayo. Se trata de la emergencia de un pensamiento “posdictatorial” que resignifica categorías de diversos “post”² (pero a su vez transformadas, localizadas desde las experiencias de las dictaduras del cono sur y relocalizadas desde la tradición del pensamiento latinoamericano) a fin de construir una teoría crítica, un conjunto de categorías con el cual evaluar los problemas surgidos de las recientes dictaduras y reflexionar sobre las transiciones democráticas³. Reinscripción de un pensamiento crítico focalizado ahora en la “dictadura” como sistema de dominio, aunque no se agote en ella, sino que desde ella inaugura un vasto campo de problemas: la deconstrucción de las identidades cristalizadas y la atención a las heterogeneidades de diversa factura, la puesta en crisis de los metarrelatos y las utopías, la intensa reflexión en torno a las políticas de la memoria y del olvido, la revisión de los sistemas autoritarios y los procesos democráticos, el examen de las constituciones del estado/ nación y sus imaginarios, entre otros asuntos. También es posible notar la reconfiguración que desde esta posdictadura se hace del rol y de la figura del intelectual crítico que ahora atraviesa el cuestionamiento de las certezas unívocas, que ahora inicia una autocrítica de la posición que ocupó en los sesenta, y que, en Achugar conduce a edificar un nuevo modelo de ensayo, como veremos.

Achugar es, entonces, uno de aquellos intelectuales del cono sur que va a contribuir a roturar, acuñar este pensamiento de la posdictadura en Uruguay, a darle entidad, elegir te-

¹ Las citas de los ensayos de Hugo Achugar provienen de sus textos *La balsa de la Medusa* (Montevideo, Trilce, 1992); *La biblioteca en ruinas* (Montevideo, Trilce, 1994) y *Planetas sin boca. Escritos efímeros sobre arte, cultura y literatura*, (Trilce, 2004). En adelante utilizo para las citas las siguientes iniciales: BM, BR y PSB seguidas por la página.

² En el caso de Achugar, sus reflexiones sobre la posdictadura van organizando una matriz teórica desde la cual privilegia aportes de la posmodernidad que ingresaron con la apertura democrática en el Cono Sur como un paradigma capaz de aportar categorías útiles para pensar los pasados autoritarismos. El debate sobre la posmodernidad en ciertos pensadores de América Latina (Fernando Calderón, Norberto Lechner, José Joaquín Brunner, entre otros) y la recepción y resemantización de que fue objeto en diversas disciplinas sirvió para reordenar en torno a él los significados de una democracia que deseaba superar el eterno retorno de los gobiernos militares.

³ La postulación de un “pensamiento posdictatorial” en el Cono Sur, merecería un extenso desarrollo (que aquí no encaro) que incluiría cuestiones como la definición misma de post-dictadura como un locus de enunciación teórico; la reflexión en torno a las áreas como espacios transnacionales en la línea de las propuestas de Ana Pizarro, Antonio Cándido, Martín Lienhard, entre otros; el juego entre diversos “post” (poscolonialidad, posnacionalismo, posoccidentalismo, posestructuralismo, posorientalismo, posmodernidad, posdictadura, etcétera) que permitirían ir marcando los diversos proyectos de los intelectuales del Cono Sur.

mas, construir surcos en territorio uruguayo, instaurar prácticas en la esfera pública: éste es su aporte como intelectual.

La obra de Achugar se resiste a una división en etapas, no obstante estimo viable marcar al menos tres momentos, a pesar de las interrelaciones y continuidades entre ellos, y más aún a pesar de la arbitrariedad que todo ordenamiento supone. El primero abarca la organización de coloquios en Uruguay que se proponen repensar el estado-nación —luego del cimbronazo de la dictadura— desde la participación colectiva, y la publicación de los mismos; el segundo momento significa una continuación de la misma perspectiva e intereses pero que ahora Achugar vuelca en la escritura de sus propios libros de ensayos, *La balsa de la Medusa* (Montevideo, Trilce, 1992); *La biblioteca en ruinas* (Montevideo, Trilce, 1994). Lo que implica, dijimos, una misma línea temática, pero también un desplazamiento de su rol de coordinador de coloquios y volúmenes colectivos hacia la escritura más individual y personal de su propia obra, tránsito y cambio que lo lleva a elaborar una peculiar idea de “autor” y de su propio ensayo. Por último, en *Planetas sin boca. Escritos efímeros sobre arte, cultura y literatura*, (Trilce, 2004), donde recoge ensayos escritos desde 1995 a 2004, encontramos un tono más polémico, una agonística en torno al valor de la teoría latinoamericana en el espacio global; así como también una renovada reflexión sobre su escritura y su ensayo. No necesariamente voy a respetar siempre este orden temporal, ya que la obra de Achugar está notablemente encadenada y en continuo diálogo consigo misma.

1-Coloquios o el arte de conversar

Hugo Achugar organizó —en algunos casos junto a Gerardo Caetano— una serie de coloquios en los inicios de la década de los 90 en Uruguay, que luego fueron publicados en compilaciones, tales como: *Cultura mercosur: política e industrias culturales* (Montevideo, Trilce, 1991); *Cultura(s) y nación en el Uruguay de fin de siglo*, ed. H. Achugar (Trilce, 1991); *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, comp. H. Achugar y G. Caetano, (Trilce, 1992); *Mundo, región, aldea. Identidades, políticas culturales e integración regional*, comp. H. Achugar y G. Caetano, (Trilce, 1994).

Estos coloquios y sus posteriores compilaciones iluminan dos gestos en tanto prácticas culturales: por un lado una voluntad de rearmar una esfera pública disminuida, desarticulada, censurada durante la dictadura uruguaya, un deseo por reintegrar sus miembros dispersos; y por el otro el coloquio se constituye en una praxis pluralista cuyo centro es el diálogo, la conversación, el debate. Además, estos coloquios comienzan a definir la agenda de la posdictadura uruguaya, o al menos parte de ella. Quizás el interés más general consista en la revisión de la factura del Estado-Nación, sus políticas, sus imaginarios, las identidades, pero no me voy a referir a ellas, pues prefiero abordar estos temas en *La balsa de la Medusa* y *La biblioteca en ruinas*. Aquí intento marcar las versiones y revisiones del sujeto de enunciación y sus estrategias.

Es decir, estos coloquios y posteriores compilaciones no sólo se abocan a la tarea de problematizar la nación uruguaya, discuten, además, el modo más adecuado en que este debate debe realizarse, las condiciones de su enunciación. La experiencia de la dictadura mostró los efectos paralizantes de un discurso que se impuso como la única verdad a la sociedad, obturando la libre expresión de la esfera pública, dejando como legado «la herencia perversa de aspirar a un saber unívoco y monolítico en que la divergencia es percibida como detestable y el interlocutor se vuelve abominable y abusivamente un otro, extraño o enemigo».⁴ El debate, la conversación, el coloquio marcaron nuevos modos de intervención en la reapertura de la escena pública: los coloquios organizados por Achugar y Caetano convocaron a participantes de diversas disciplinas, profesiones e instituciones —desde empresarios hasta poetas, pasando por especialistas en historia, en comunicación, agentes de instituciones estatales o privadas. En sintonía Maren y Marcelo Viñar proponen «la riqueza de un diálogo controversial» o el escritor Tomás de Mattos decreta el fin de aquellos “grandes pontífices que decían dónde estaba el bien y dónde el mal”.⁵

La importancia del diálogo y la conversación, la necesidad de revisar la noción de autor y su relación con la palabra y la verdad, es una preocupación constante en Achugar y da lugar a diversas modulaciones.

En *La balsa de la Medusa* ya hay una apuesta a una nación plural que contemple las diversas heterogeneidades integradas por “los mulatos, los negros, los mestizos, las muje-

⁴ Viñar, Maren y Marcelo Viñar (1993). *Fracturas de memoria. Crónicas para una memoria por venir*, Montevideo, Trilce, 13.

⁵ De Mattos, Tomás (1992). “Narrativa uruguaya y cultura de la impunidad”, *Cuadernos de Marcha*, Tercer Época, Año VII, nº 74.

res no machistas y los gays uruguayos" (BM: 61), (aunque en el caso uruguayo se trate de una "débil heterogeneidad") como modo de superar los autoritarismos y las exclusiones implícitos en una nación homogénea. Giro que intenta acercar a Uruguay al resto de América Latina criticando el mito de la "europeidad" con el que usualmente la nación uruguaya marcaba sus diferencias con lo latinoamericano. Lo que me interesa destacar es, persiguiendo la idea de la post-dictadura como eje ordenador de sus reflexiones, cómo esta instancia se origina desde la lección de la dictadura "Se podría sostener que la fragmentación –débil o fuerte– de la sociedad uruguaya y en consecuencia de su cultura, si bien existente desde siempre, parece haber aflorado a la conciencia social luego del trauma de la dictadura (...)" (BM: 62).

Es esta demanda por construir una nación plural la que define la posición y las estrategias del sujeto de enunciación y también su escritura. Podríamos arriesgar que Achugar en *La balsa de la Medusa* postula la *utopía de un sujeto de enunciación colectivo y heterogéneo*⁶, aunque si inalcanzable, sus textos elaboran entonces vías alternativas. En principio la imposibilidad de reunir desde el sujeto de enunciación, desde la escritura individual, desde el autor Achugar las múltiples voces heterogéneas lo lleva a establecer toda una postura sobre el "residuo" no dicho por él: "Lo que queda. Aquello de lo que no podemos dar cuenta. Lo que no queremos o no podemos explicar. Lo que está ahí, frente a nuestros ojos, pero no sabemos ver, no nos han enseñado a ver, no tenemos palabras o conceptos para ver y dar cuenta. Aquello que otros, el otro/ la otra, en cambio, sí pueden ver (...) El residuo, lo residual" (BM: 91). Achugar entonces hace explícito ese vacío de la voz del otro, o mejor, coloca la palabra del otro en el residuo de lo no dicho, con lo cual se aleja de cualquier tentativa de "representar" al subalterno.

Por otra parte la relación del intelectual con las voces del otro constituye todo un problema y pocas soluciones. A propósito del testimonio, se ha discutido la validez de apropiarse de la voz del otro por parte del intelectual y se la ha cuestionado la dimensión autoritaria de esta práctica cultural, de esta "ventriloquia". En esta línea, Achugar prefiere utilizar una "máscara" que ya denuncia la imposibilidad e inadecuación de hablar por el otro, pero que le permite elaborar un espacio de solidaridad; se trata casi diríamos de una prótesis que no deja de señalar un lugar vacío, similar al residuo, a lo no dicho. El uso de la "máscara" deviene enunciación femenina desde el heterónimo de Juana Caballero en la novela de Achugar *Cañas de la India*, otras estrategias similares encontramos en su novela *Falsas memorias. Blanca Luz Brum*, donde ya de entrada en el título se nos advierte sobre la máscara de las "falsas memorias" con que Achugar ficcionaliza la autobiografía de Brum.

La imposibilidad de una voz plural, la advertencia sobre los residuos de lo no dicho, los límites de la palabra y del pensamiento son las bases desde las cuales Achugar comienza a diagramar un nuevo tipo de ensayo que se distancia –cada vez más– de los requisitos de sistematicidad y totalidad para acercarse hacia un ensayo contaminado con la palabra poética, al que llama en *La balsa de la Medusa* "ensayo libérrimo", pues se aleja del «estudio académico» sin intentar reflexiones «sistemáticas» ni «científicas» ni, menos aún, «globales o totalizantes». Por el contrario se apropia del carácter «libérrimo» del ensayo que le permite mayor libertad para enhebrar sus ideas ("una dislocada narración posmoderna") o, como él mismo dice, dar rienda suelta al «delirio de un poeta».

En *La biblioteca en ruinas* el carácter del ensayo se contamina ahora con un posmodernismo literario que aboga por los cruces culturales (Madonna con Onetti), así desborda los márgenes de la escritura académica en el cruce de los más variados procedimientos pertenecientes a diferentes modalidades discursivas, desde la prosa poética, los núcleos narrativos, el análisis filológico, hasta el zapping de los mass-media. Procura Achugar escapar a la función normativa de la Academia y al canon moderno «belletristico», en tanto ambos responden a un poder hegemónico; y aboga por una democratización de la cultura desde una postura «anti-apocalíptica» frente a los massmedia y los valores «vulgares».

El contexto de la posdictadura, con todo lo que ello significó en términos de fracaso de los ideales revolucionarios –tanto a nivel nacional, latinoamericano e internacional–, reclama al intelectual una aguda revisión de sus acciones, saberes, roles y palabras. Es en este contexto y sus nuevas urgencias donde Achugar acomoda sus estrategias. Así la práctica del coloquio, la tarea de compilador, la utopía de un sujeto de enunciación plural y heterogéneo, la teoría sobre los residuos de lo no dicho, el empleo de máscaras y heterónimos pueden

⁶ "Las respuestas individuales sirven y no sirven pero las colectivas, trabajosa y largamente elaboradas, esas, esas sí que son las impostergables y no están aquí. Con suerte –ese es mi deseo, esa, mi utopía–, serán emprendidas por otros", en BM: 95.

leerse como una puesta en crisis de una actitud mesiánica del intelectual, de su rol como conductor o representante de los sectores subalternos, dibujan el escenario de una autocrítica que intenta abandonar los posibles rasgos de autoritarismo. Pero también resultan exploraciones de nuevas vías a través de las cuales el intelectual de izquierda latinoamericano reconfigura su posición más atento a las historias del otro, menos seguro de sus propias certezas, valorando positivamente la duda, “desde la real tolerancia” (BM: 86).

Antes de cerrar este punto quiero exponer el valor de la “conversación” ya que este término menta tanto una práctica cultural como un modelo de democracia. La “conversación” aparece como una superación del autoritarismo dictatorial y también como una superación del enfrentamiento entre ideologías fuertes, de la lucha como modo de imponer modelos de Estado-Nación (tal como sucedió en las décadas de los sesenta, setenta y parte de los ochenta en el cono sur). La conversación apela a la negociación –otra palabra clave– entre las partes que forman el cuerpo social, remite al modelo de una democracia participativa en la que sea posible negociar las diferencias sin apelar a la violencia. Dice Achugar en *Planetas sin boca*: “implica el desafío de transformar batalla en debate, debate en negociación, negociación en conversación. Y conversación viene de *conversari*, de vivir en compañía. Implica el desafío de transformar la imposición autoritaria resultante de toda batalla, en la conversación propia de toda negociación” (PSB: 124); cita que ilumina como pocas el tránsito de los ’60 a los ’90. Allí radica la posibilidad de un nuevo pacto social fundado en la convivencia de diferentes sectores que negocian sus diferencias a través de reclamos pacíficos; muy lejos de la imagen de una clase social con poderes revolucionarios/ redentores o de la figura del padre militar que viene a poner la casa en orden. Entonces, la *conversación* ya no sólo como tema de reflexión, sino además como práctica cultural que Achugar inaugura en sus coloquios.

2-Las fábulas del origen

Achugar aborda la tarea de narrar nuevamente la narrativa nacional, ahora desde el foco que le provee la experiencia de la dictadura y la voluntad de examinar las narrativas autoritarias, los imaginarios autocomplacientes. La revisión del lugar mismo del “origen” del Uruguay marca la profundidad y el alcance del corte histórico que la dictadura implicó, señala la decisión de emprender una incursión en la raíz, en este sentido es que la significación del “post” (de post-dictadura) pueda alcanzar el valor epistemológico de una revisión completa –no en el sentido de totalidad o exhaustividad– sino de construcción de una narrativa *otra* desde otros parámetros. Esta revisión raigal fue una marca de la posdictadura en Uruguay visible, por ejemplo, en el auge de las novelas históricas que relevaron exhaustivamente la épica nacional o los relatos del progreso a contramano, punteando en sus intersticios las políticas autoritarias.

El lugar del «origen» se construye como tal desde diversas coyunturas históricas. En la historia uruguaya se han alternado dos orígenes, el de la «orientalidad» y el de la «uruguayidad». El primero, surgido durante la segunda mitad del siglo XIX, compartido y disputado entre blancos y colorados, apuntaba fundamentalmente a las guerras de independencia. Con posterioridad alcanzó otros usos, entre los cuales se encuentra la reapropiación que la última dictadura hizo de la «Orientalidad» en los festejos del Sesquicentenario de 1825.⁷ El origen de la «uruguayidad» emerge a fines del siglo XIX y comienzos del XX y culmina en el batllismo, como modelo progresista, democrático y liberal. Esta perspectiva coloca al convulsionado siglo XIX en una prehistoria violenta bajo el imperativo de consolidar la nación moderna.

El impacto de la última dictadura en un país latinoamericano que se enorgullecía de una notable continuidad democrática, provocó un giro en el significado mismo del término «origen», a través del rechazo tanto de la “orientalidad” esgrimida por la dictadura, como de la «uruguayidad» en la que ya nadie creía. Ahora se trata de encontrar el origen de la violencia del estado invirtiendo la narración, reescribiendo la prehistoria del siglo XIX como historia, colocando en el inicio de la nación-estado el etnocidio charrúa, seguido por las guerras fratricidas y el militarismo de Latorre, tal como se advierte en la novela histórica *¡Bernabé, Bernabé!* de Tomás de Mattos. El origen se vuelve, entonces, una contrautopía a la cual es necesario regresar por su poder demoledor.

Achugar comparte esta necesidad de comenzar a reescribir la narrativa nacional desde el origen, es más, sus múltiples incursiones en el origen se vuelven casi una obsesión en sus

⁷ Cfr. Cosse Isabela y Vania Markarian (1996). 1975: Año de la Orientalidad. Identidad, memoria e historia de una dictadura, Montevideo, Trilce.

textos. En *La balsa de la Medusa* rescata un «relato olvidado» (ficticio) sobre el inicio del Uruguay que combina rasgos de una utopía con otros de contrautopía. El relato consigna que Utopo visitó las tierras del futuro Uruguay pero decidió no establecer allí su reino dada la pequeñez del territorio, no obstante «regó ríos, arroyos, cañadas, bañados (...) con unas extrañas semillas que producen sueños perseverantes y alucinaciones perversas (...) Sueños de grandeza y, sobre todo, aspiraciones a fundar si no un país, un Estado perfecto» (BM: 11). La utopía no fundada en el territorio uruguayo, arraigó sin embargo en la mente de sus pobladores. Se trata entonces de ubicar en el origen la soberbia inscripta en las narraciones nacionales, el mesianismo de sus aspiraciones, aunque sin disolver la posibilidad de una «pequeña utopía» donde forjar el futuro. Este relato puede valer como índice de su proyecto: deconstruir los imaginarios nacionales, pero también apostar a reconstruirlos desde su ruina, dicho en términos de su autor, no la «utopía en bandeja» pero sí la «pequeña utopía».

Achugar describe como otro de los orígenes posibles del Uruguay el momento en que «los míticos charrúas» están «comiéndose a Solís» (BM: 34). De este modo vuelve a elegir otro relato, ahora histórico, que evita un comienzo prestigioso. Podríamos decir, siguiendo a Foucault, que Achugar sustituye la idea de «origen elevado» por la de los «inicios bajos», en los que el acto antropófago es el punto inicial de una historia que culminará con la dictadura del 73, signando el decurso del devenir histórico («Uruguay nace con un acto de violencia mayor, nace con un acto de antropofagia (...) En todo caso, nuestra historia —como muchas de América y Europa y del resto del planeta— se basa en la violencia» (BM: 34).

Otra incursión en el «origen» es la que Achugar explora en su relectura de *El Parnaso Oriental* (1835-1837) de Luciano Lira, texto fundacional del imaginario nacional, campo de uno de los primeros ejercicios de la «violencia letrada» a través de la exclusión de las voces de los negros, indios, mujeres, analfabetos, gauchos, esclavos. Revisión del origen, regreso al pasado que el autor justifica —nuevamente— desde la posdictadura «Pienso que la fractura de la memoria operada por las dictaduras del Cono Sur tiene mucho que ver con ésta mirada hacia atrás» (BR: 99) Sus múltiples excursiones al origen no se agotan en las que aquí citamos ya que responden a un impulso más general por revisar las «imágenes fundacionales», no sólo en textos, también en pinturas, como en «Blanes y el cuerpo de la patria».

Estos momentos del origen ponen al descubierto dos índices de lo nacional: la soberbia inscripta en los imaginarios autocomplacientes de los uruguayos y la violencia. Soberbia y violencia que ahora la posdictadura desentierra; soberbia y violencia que ahora se van a cruzar constantemente para deconstruir las mitologías nacionales, los imaginarios autocomplacientes, las utopías megalómanas, las exclusiones de los metarrelatos, los complejos nacionales, pasando revista a una extensa galería (cuya variedad y complejidad no puedo detallar) que atraviesa diversos momentos de la historia uruguaya, aunque se centra fundamentalmente en el siglo XX y apunta a demoler el imaginario batllista emblemático en «La Suiza de América», «La Atenas del Plata», «El campeón cultural de América» como sintagmas de un país democrático, moderno, culto, cosmopolita. Este mundo de ideas se fracturó con la última dictadura militar.

Podemos leer *La balsa de la Medusa* como un intento por elaborar el trauma de la dictadura. ¿Por qué trauma? Afincados en una tradición democrática, la dictadura adquirió para los uruguayos el valor de lo ominoso que Freud supo analizar, y que se trasluce claramente en la frase de Alicia Migdal cuando se pregunta «Pero ¿cómo se formaron las larvas del terror en el Uruguay de fiesta democrática? ¿De dónde salieron los torturadores que fueron con nosotros a la escuela laica, gratuita y obligatoria, y vivieron en nuestro barrio, y en determinado momento imprevisible ‘pasaron al acto’?»⁸. La emergencia de lo siniestro de la dictadura al interior de la familia uruguaya disparó diversos intentos conducentes a buscar las causas, a ensayar respuestas, a reconstruir una historia del pasado bajo el signo de la violencia que labre un terreno en el cual la dictadura pueda reconocerse, volverse familiar.

En esta línea, *La balsa de la Medusa* intentaría elaborar el trauma reescribiendo el origen para situar allí antecedentes de la violencia que vuelvan más comprensible la irrupción de la dictadura o descubrir la arrogancia de una identidad narcisista (también Tomás de Mattos en *Bernabé, Bernabé!* apela a la figura de Narciso). El relato del rey Utopo es una narración de la fundación nacional en cuyo centro encontramos el pecado de la soberbia (la «utopía en bandeja») como si se tratara de una nueva versión de la caída de Adán: la soberbia como «nuestro pecado original» (BM: 23) provoca la caída del Paraíso del «Estado perfecto» (BM: 11). El otro origen en el cual los charrúas se comen a Solís, repone la violencia.

⁸ Migdal, Alicia (1992). en *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, H. Achugar y G. Caetano (comp.), Montevideo, Trilce, 26.

Allí no se agota la propuesta de Achugar, en él hay una voluntad de arquitecto. Su obra se debate entre el impulso deconstructivo y la necesidad de volver a fundar los imaginarios nacionales desde perspectivas más inclusivas. Constantemente se pregunta ¿Cómo edificar una nación plural? Pero todo acto fundante, todo uso de poder aun el simbólico, se vuelve sospechoso para Achugar en la medida en que realiza elecciones que suponen exclusiones. ¿Cómo ejercer un poder no autoritario, cuando todo poder indefectiblemente elige, incluye, ordena y sobre todo excluye?⁹ “Tengo poder, dios me libre del poder” (BR: 114): en esta frase Achugar despliega su conflicto frente al ejercicio del poder interpretativo en el espacio simbólico, y ante el cual se debate como en una agonística. Por un lado asume la muerte del augur o del hermeneuta capaz de desenterrar el sentido último del texto, y con él cifra la debacle de la integridad del significado, de la verdad, del sujeto (lo que la «biblioteca en ruinas» escenifica), por ello dice “Me resigno a la crítica parcial, contaminada, ideológica y, por lo tanto renuncio a la falacia cientificista” (BR: 70). Por el otro, todo acto de interpretación comporta el ejercicio del poder, visible en la elección de lecturas que necesariamente silencian otras. En este dilema, Achugar apuesta al significado (“La lectura ha sido y sigue siendo un modo de pelear por el control de los significados”, BR: 92) y asume los costos de la interpretación: “Intento ser plural, democrático, pero me sé destinado al autoritarismo interpretativo” (BR: 107). Salda el conflicto, entonces, asumiendo una culpa, colocando la sospecha en el interior de sus textos. Intuyo que es este nudo conflictivo en torno al acto interpretativo el que permea –con sus culpas y recelos– el modo de argumentar y reflexionar tan característicos de su prosa, donde cada afirmación es seguida por una puesta en duda, por preguntas, por aclaraciones, por otras afirmaciones que abren diversas posibilidades. Convierte la autocritica del poder –y sus posibles autoritarismos– en estilo y podemos leer en su estilo las marcas principales de su proyecto nacional; interpretar sus rodeos, dudas, idas y vueltas como un intento de evitar toda clausura y sumar diferencias.

En “Eco y Narciso” (en *La biblioteca en ruinas*) se problematiza el acto interpretativo desde un doble registro: por un lado analiza el mito de Eco y Narciso (tomado de la *Metamorfosis* de Ovidio) en clave simbólica como una reflexión sobre la interpretación (que incluye la representación, la ilusión, el realismo, el espejo, el reflejo, el simulacro, el diálogo, el eco, la voz del sí mismo y del otro, etcétera). Pero también la relectura que lleva a cabo se vuelve una práctica interpretativa que continuamente desplaza el texto de Ovidio hacia preocupaciones del presente, lo interviene con problemas y teorías actuales. Así el doble registro de su lectura pone en escena la “metamorfosis” que toda interpretación supone.

Quizás la idea del acto interpretativo como “metamorfosis”, como transformación del texto primero, consista en una salida que al menos evita las certezas del augur/ hermeneuta al sustituir el descubrimiento del sentido último por la asunción de la torsión que toda lectura impone al original. Además, consciente de su parcialidad, precariedad y contaminación, tolera la presencia de otras lecturas, se abre al futuro “la biblioteca está siempre abierta” (BR: 124)

Quisiera volver al tema del «origen» para considerar los arcos temporales en los cuales sitúa Achugar sus propuestas, la fuerte imbricación entre diversas temporalidades: desde el presente de la posdictadura vira hacia el pasado con una voluntad por reparar la historia, paso indispensable para imaginar un futuro. El peso del pasado –siempre abordado desde la actualidad– da lugar a una extensa serie de ensayos sobre la memoria. La refundación nacional se vehiculiza tanto en una crítica hacia los autoritarismos del pasado como en una voluntad por saldar cuentas con el pasado para proyectarse al futuro sin deudas. La deuda –otra forma de la culpa– también parece estar presente en los ensayos de Achugar. Deuda y escritura instauran su propia lógica: la escritura como un modo de saldar lo “pendiente” (BR: 112) que quizás remita al pasado y sus muertos (en el sentido que Benjamin le da en sus

⁹ La problematización del “poder” es central en los debates de la posdictadura del Cono Sur, debido, sin duda, a la experiencia del autoritarismo reciente. Se percibe cierta demonización del poder: las múltiples críticas al poder hegemónico (entre ellas las de Foucault y sus perspectivas en torno a la diseminación del poder a través de las micropolíticas) han terminado por volver sospechoso al poder como si su ejercicio necesariamente tuviera que desembocar en una práctica autoritaria. Quizás –para algunos– una salida puede hallarse en el postestructuralismo cuya deconstrucción raigal, cuya deriva parece escapar a esta lógica. Por ejemplo, en la escena chilena se oponen las propuestas de FLACSO desde las que se busca los modos de reconducir la transición democrática a través del consenso y la negociación de los diversos sectores sociales (Brunner) –y para ello apelan al bagaje de la posmodernidad– y las de Nelly Richard quien elige –desde la deconstrucción postestructuralista– una especie de margen siempre desarticulante (“dislocación”, “rotura”, “discontinuidad”, “excentricidad”, “dispersivo”, “errancia”, “desidentidad”, entre otros). Por ello Nelly Richard debe enfrentar el conflicto con el uso del poder, su dificultad para articularlo desde esta matriz teórica, dice: “¿Cómo reconvertir la pulsionalidad rebelde de los flujos excedentarios en microestrategias resistentes y combatientes que logren oponerse a los desequilibrios de poder y autoridad?” (*La estratificación de los márgenes*, Santiago de Chile, 1989: 35).

«Tesis de la filosofía de la historia») entre los cuales menciona la matanza de Tlatelolco. Sólo con la revisión de las exclusiones llevadas a cabo en las narrativas nacionales, es posible en el presente volver a construir un origen plural, así la narración de la nación “deberá ser plural, masculina y femenina, letrada e iletrada, laica y religiosa, blanca y mestiza, cristiana, evangélica, metodista, judía y santera” (*BM*: 36); o como exige en *Planetas sin boca* “la fundación rizomática de la nación” (*PSB*: 123)

3-Las hablas del balbuceo latinoamericano

El tercer momento se condensa en el texto *Planetas sin boca. Escritos efímeros sobre arte, cultura y literatura*, (Trilce, 2004, que recoge textos escritos desde 1995) donde se advierte una continuidad en las relecturas de las narrativas nacionales del pasado ahora con un mayor acento en las reflexiones teóricas sobre la memoria que dieron lugar a los proyectos grupales *La fundación por la palabra. Letra y Nación en América Latina en el siglo XIX* (Universidad de la República, 1998) y *Derechos de memoria. Actas, actos, voces, héroes y fechas: nación e independencia en América Latina* (Universidad de la República, 2003). En varios ensayos se insinúa una mayor reflexión sobre el estatuto del saber latinoamericano en la geopolítica del conocimiento, sobre el valor del pensamiento uruguayo y latinoamericano en la era de la globalización y sus efectos jerarquizantes, lo que lo conduce a discutir con las propuestas de la academia norteamericana y en especial con las teorías poscoloniales; y también a elaborar una teoría sobre el ensayo y la escritura definida como “balbuceo teórico”.

Una de las tareas primeras que Achugar aborda es la delimitación del lugar de enunciación de su propio discurso, paso previo e indispensable para tantear el valor que recibirá en el mercado de los saberes, el lugar que lo local uruguayo —y lo latinoamericano— ocupa en el espacio global. Para ello utiliza algunas imágenes y relatos que van ficcionalizando una suerte de historia de la formación del intelectual —que evita el consabido catálogo de libros o el relato del compromiso político, de cuño sesentista.

El año 1956 es el “origen remoto y personal” —de nuevo el origen— donde sitúa tres eventos: la epidemia de poliomielitis desatada en Uruguay en la cual el “Otro” podía ser causa de “contagio, de enfermedad y de muerte” (*PSB*: 15), emblema del valor negativo que el Uruguay como un “otro” califica. El siguiente hecho rescatado describe el recibimiento del presidente uruguayo en Washington D. C. con un pasacalles “que lucía el consabido ‘Bienvenido Presidente de Uruguay’ mientras que —a modo de palimpsesto, siempre vuelve el palimpsesto— las huellas de previas escrituras dejaban entrever que había sido usado para otras bienvenidas a otros presidentes latinoamericanos” (*PSB*: 15). En ambos relatos Achugar elabora el locus de enunciación —Uruguay— como sitio del otro marginal, periférico no sólo frente al centro hegemónico, sino también al interior de América Latina, es decir periferia de la periferia ya que Uruguay tampoco porta los valores tópicos del latinoamericano “por ser latinoamericano, pero al mismo tiempo no ser indígena, ni negro o afro-latinoamericano” (*PSB*: 16). Esta posición doblemente periférica es la que determina el escaso valor del discurso teórico uruguayo, entonces hablar desde este lugar periférico —dice Achugar— se llama “balbucear”.

La tercer imagen proviene de un cuadro publicado como portada de una revista sobre la industria uruguaya que muestra construcciones fabriles de cuyas chimeneas salen densas humaredas, nuevo emblema de la producción del valor que desde la periferia se equipara al “humo”, y que asocia a los planetas de Lacan “que carecen de habla, (que) no pueden hablar porque no tienen nada que decir (...) y fundamentalmente porque se los ha hecho callar” (*PSB*: 20) y por eso sólo balbucean. El planeta sin boca, como el subalterno para Spivak, no habla.

Esta delimitación de la posición marginal que ocupa el sujeto de enunciación en Uruguay, se dirige a dos frentes muy disímiles: ante el discurso hegemónico y central disputa el saber de lo local y de este modo se revaloriza como habla de lo menor (“El balbuceo es nuestro orgullo, nuestro capital cultural”, *PSB*: 16); mientras la dislocación experimentada por el sujeto uruguayo ante el latinoamericano se resuelve en un pacto de solidaridad, algunas de cuyas formas ya vimos (residuo, máscara, heterónimo, etc.). En esta ficcionalización del lugar de enunciación, ya Achugar condensa todo un proyecto intelectual, define su propio rol y delimita el campo de operaciones.

Hay un punto de cruce y confluencia —o quizás de desplazamiento— entre la idea de “espacios inciertos” y la de “balbuceo” latinoamericano, ambas pilares de su concepción sobre el ensayo. Los “espacios inciertos” parecen dar cuenta de la caída de las certezas y la apuesta a la duda, al pequeño relato, a lo menor, a las alteridades de diversa índole. De este modo el “espacio incierto” deviene el locus de enunciación del discurso menor del otro latinoamericano. En cambio el “balbuceo” tiene una doble raíz o parto: por un lado proviene de una

relectura del Calibán teorizado por Fernández Retamar; por el otro significa una respuesta a un debate suscitado entre los intelectuales de América Latina y la academia norteamericana en torno al valor de la teoría latinoamericana, de la palabra de sus intelectuales y pensadores, de las historias locales en la geopolítica del conocimiento. Este debate pone en escena tensiones entre las teorizaciones sobre América Latina hechas desde el hemisferio norte (lo que Achugar llama “la academia norteamericana o el Commonwealth teórico”) cuyo conocimiento se valida por su colocación en un centro hegemónico, mientras las teorías elaboradas en América Latina –por su colocación periférica– muchas veces devienen “objeto” de conocimiento y no “sujeto” teórico. En esta línea Próspero y Calibán remiten a los latinoamericanistas de la academia norteamericana y a los de América Latina respectivamente, y traman sus relaciones de poder en el espacio simbólico.

“Leones, cazadores e historiadores” es uno de los ensayos que más virulentamente expone esta asimetría y la ejemplifica criticando la reapropiación que los estudios poscoloniales de la academia norteamericana hacen de América Latina anteponiendo el modelo poscolonial, lo que redundaría en una reducción de las múltiples experiencias de América Latina a modelos ajenos como aquellos de “India, África y otras regiones del planeta” (PSB: 46) y, además desconoce la propia tradición del pensamiento latinoamericano. Este es uno de los ensayos donde lo local como lugar de enunciación cobra más fuerza al rechazar la injerencia de las perspectivas poscoloniales y posnacionales como marcos teóricos para interpretar el Cono Sur, prefiriendo la indagación de las especificidades de las sociedades latinoamericanas y sus experiencias históricas.

La lengua de Calibán que –para Fernández Retamar– significa una distorsión de la lengua del amo como gesto de resistencia del subalterno latinoamericano, en Achugar se vuelve «balbuceo» para señalar también un gesto de resistencia pero que ahora increpa la sordera del amo para oír el relato del subalterno. El latinoamericano no es quien balbucea, la condición de balbuceo se la otorga la distribución que el centro hace de los saberes en el espacio global y jerarquizante. Entonces Achugar, en un gesto de inversión, hace del balbuceo un lugar productivo del saber local propio de América Latina, lo revaloriza y convierte en matriz del ensayo: el balbuceo escapa a la sistematicidad del discurso hegemónico y por ello se adecua al formato del ensayo alejado de las demandas racionalistas propias del tratado sistemático. Curiosamente Theodor Adorno le otorga un valor similar al ensayo en tanto espacio fragmentario desde el cual intervenir en la racionalidad instrumental de Occidental. El ensayo, el artículo resulta la textualidad más adecuada, entonces, para el teorizar balbuceante latinoamericano, se trataría de un modo “caníbal, subordinado, menor” (PSB: 34).

Acá subyace toda una teoría sobre el ensayo latinoamericano que Achugar vuelca en su escritura: la duda, lo incierto se vehiculizan en una prosa ágil y sincopada por constantes preguntas. Lo que no es nuevo en sus ensayos. Ya, por ejemplo, en *La biblioteca en ruinas*, la “pregunta” se ofrece como un acto ilocucionario privilegiado de la posdictadura, aquél que asume la “ruina de la biblioteca” y “el fin de una serie de proyectos sociales” (BR: 25). La pregunta pone en movimiento su prosa. Sería deseable encarar el análisis desde la pragmática del discurso para evaluar las significaciones de la interrogación, de la negación, del dilema en estos ensayos. Estoy pensando en las propuestas de Ducrot cuando interpreta estos actos ilocucionarios como modos de una enunciación polifónica y que acá apuntan a incluir la voz del otro o poner en duda la propia. Dice a propósito: “(L)a vieja biblioteca en que hemos vivido y en la que hemos estado aprendiendo a leer presenta hoy un paisaje diferente: el de una biblioteca en transformación. Entre las ruinas de lo que fue y lo que todavía no es, sólo hay lugar para las preguntas” (BR: 19).

Hay algo barroco en la escritura de estos ensayos, cuyo centro lo ocupa una duda y una falta (entendidas como deconstrucción de la certeza del conocimiento) que da lugar a una proliferación no sólo de índole estilística sino también argumentativa, el modo de argumentar es barroco, proliferante, con digresiones. Achugar afirma una tesis para inmediatamente cuestionarla, interrogarla, ponerla a prueba, o derivarla en otras líneas de su reflexión, por otras vías. No se trata de la elipse ni de la elipsis barroca, Achugar diseña un mapa con cruces, calles paralelas o de doble mano (“¿Té o café? Sí, por favor”), bifurcaciones y, sobre todo, diagonales, sí dia-gonales para esta forma del razonamiento que crece y se alimenta del diálogo y del agón, porque pelea contra sus propias convicciones no para cancelar el significado y darse a la deriva, sino para cercar los problemas y ofrecer propuestas, para conjurar las pobreza de toda certeza. Formular las preguntas, encontrar los problemas, asediar los conflictos se vuelve casi más importante que alcanzar las respuestas. Y las respuestas siempre adolecen de alguna falta: “Es decir, ni lo uno, ni lo otro sino algo más o algunas muchas cosas más” (PSB: 15).